que aviva el *remordimiento*, la pena *moral* que hasta aquí ha ido describiendo el poeta, descripción que continúa con viveza, haciendo resaltar *la envidia* (verso 126) que se despierta en su ánimo.

El verso 128 es cacofónico por la concurrencia de los asonantes *ojos* y *cariñosos*, lo cual está prohibido por el arte métrico, así como que un verso comience por un consonante de la última palabra del anterior, según sucede con *dichosos* (verso 129).

136 Allá me arroja con furor horrible
137 A gemir oprimido de cadenas,
138 Que su mano terrible
139 Forjó para instrumento de mis penas.
140 Allá me precipita ¡Qué caverna!
141 ¡Qué fuego abrasador! ¡Qué pestilente
142 Humo bosteza la tartárea boca!
143 Hé aquí el hórrido espectro de la eterna
144 Noche; el dolor, la cólera impaciente
145 Que sin cesar provoca
146 El llanto de los míseros precitos.
147 Hierve el lago infernal; la gruta brama
148 Con són horrendo de inflamada llama.
149 Los calabozos lóbregos á gritos
150 Ya parece que se hunden ¡Qué molesto
151 Desórden!..... ¡qué funesto,
152 Qué terrible lugar donde severo
153 Descarga Dios su brazo justiciero!
154 ¡Oh! cuantos condenados
155 Como en ardientes hornos encendidos
156 Se ven amontonados!
157 Retumban con sus grandes alaridos
158 Las subterráneas bóvedas, y cuando
159 Los demonios..... qué es esto? delirando
160 Atónito el discurso titubea.
161 Y cuando los demonios con horrible
162 Presencia..... yo deliro
163 Con la fuerte impresión de la terrible
164 Imagen de esta idea.
165 Me agita el susto, y asombrado miro.....
166 Todo el infierno junto
167 Se le presenta á mi alma en este punto.

El poeta pinta en los versos anteriores con pocas palabras, pero de una manera viva y animada, las penas *físicas* del infierno, habiéndolo hecho antes con las penas *morales*. Como nuestro libro no es de teología sino de literatura, no nos toca discutir sobre el destino del malvado en el otro mundo; pero sí debemos manifestar que Navarrete ha escrito como debe hacerlo, es decir, según la teología cristiana, la cual enseña que en el infierno hay pena de *daño* y pena de *sentido:* la primera es el sentimiento de haber perdido la felicidad eterna, y la segunda es el dolor causado por un fuego que nunca se apagará. Es verdad que se citan algunos santos padres que tomaban el fuego en un sentido metafórico; pero los más de ellos opinan que se trata de un fuego material. (Véase entre otros á Petavio Dogm. teol., tít. 3, lib. 3, cap. 5.)

Humo bostezá (verso 142). Al hablar de Sartorio hemos dicho que *bostezar* nos parece prosaico. Respecto á su uso en sentido de verbo activo, explicamos al hablar de Ochoa, Tagle, etc., que aun buenos poetas acostumbran, como licencia, usar algunas veces los verbos neutros en significación de transitivos.

Volviendo en sí el poeta de su espantoso delirio dirige á Dios una súplica fervorosa, y concluye apostrofando tiernamente á su lira: esa apóstrofe fué inspirada seguramente por los primeros versos del salmo 136.

168 No me llames ¡oh Dios! aun todavía;
169 Mas cuando sea llevada el alma mía
170 A tu presencia augusta, ó Juez eterno,
171 No la arrojes, Señor, en el infierno.
172 Muévate mi congoja y mi gemido:
173 Mi corazón doliente,
174 Que sale por los ojos derretido.
175 Quédate á Dios en lágrimas bañada
176 De este álamo pendiente,
177 Cítara triste, y á tu voz cansada
178 Prosiga de mis ojos la corriente.

A las bellezas que hemos señalado en el poema de Navarrete, hay que agregar la regularidad del plan, el lenguaje

claro y correcto, la sencillez clásica del estilo, la versificación armoniosa y una sobriedad de buen gusto en las figuras. Los pocos defectos que se encuentran desaparecen al lado de tantas buenas cualidades, las cuales, en nuestro concepto, hacen merecer al poemita de nuestro autor la calificación de *obra maestra.*

Respecto á las demás composiciones de Navarrete, de que hemos hablado, podemos decir también que no obstante sus defectos, son generalmente de mérito, no sólo porque esos defectos son pocos, sino porque no hay obra humana que carezca de ellos, en mayor ó menor grado. Además, el crítico nunca debe olvidar las circunstancias que disculpan á un escritor, y en Navarrete concurren la de la época y la del país en que vivió. En tiempo de Navarrete aún adolocía la literatura española del prosaísmo, y ciertamente no eran las circunstancias de la Nueva España las más á propósito para corregir ese defecto. Casi apartados los mexicanos de comunicación con el mundo civilizado; reducidos á estudios de reglamento; no pudiendo leer sino ciertos y determinados libros; dominando en todo y por todo ese sistema gubernativo que tiene por principio, so pretexto de protección, la ingerencia del gobierno en todos los actos de la vida humana, y que reduce al individuo á una perpetua niñez; en medio de una población en su mayor parte ignorante y abatida; reinando la monotonía en las costumbres de la vida social; todo esto era lo más á propósito para helar la imaginación más ardiente, para impedir toda inspiración, para matar el ingenio. Gran talento fué, pues, el de Navarrete cuando pudo producir las obras que hemos examinado, sobreponiéndose á las circunstancias que le rodeaban, y mereciendo justamente lo que de él ha dicho el poeta español Zorrilla: "*Los defectos de sus obras son los de su tiempo, y sus bellezas y excelencias le son propias y personales.*"

México, pues, puede enorgullecerse de tener en Navarrete un gran poeta, un verdadero poeta, uno de esos hombres á

quienes Enio llamaba *sagrados*, porque los consideraba como un presente de los dioses, y de los cuales dijo el elocuente orador romano en su oración por Arquias: "El nombre de poeta le respetan aun las naciones bárbaras; las rocas y los desiertos responden á sus voces; las mismas fieras se detienen como encantadas al oir sus acentos."